ALAIN TOURAINE

CARTAS A UNA ESTUDIANTE

editorial Kairós

juan güell, 184
barcelona 14

¿A quién hablar, para qué servir?

¿Por qué le es tan difícil a la sociología hacerse oír? A menudo se llama, pero apenas empieza a hablar se cierran los oídos y se manifiestan las resistencias. Y es que rompe las identidades, las representaciones y las ideologías. Cuanto más se aleja uno de la descripción ingenua que acepta sin rubor las categorías de la práctica social, y por lo tanto del poder y de las fuerzas de control social, más se despierta desconfianza, turbación u hostilidad.

Si permanezco en la superficie de las cosas, si acepto las ideologías de la práctica social y el discurso de los propios actores, puedo dedicar todos mis esfuerzos a exponer y calcular. La comunicación de mi trabajo se verá con ello doblemente facilitada: podré presentar resultados que el común de los mortales no posee y éstos, sin embargo, los encontrarán comprensibles. Milagro: gente seria, científica y que no habla ninguna jerga, sino el lenguaje de la gente honrada. Su papel, efectivamente, está en subrayar, en aclarar la "realidad". Cuanto más amplio es entre el público el consenso, más se extiende el ámbito de esos artistas de la sabiduría que se dedican a representar las ideas y conductas que en la

escena de la sociedad otros presentan. Yo no puedo esconder mi antipatía hacia esa gente. Pero siento verme privado de las satisfacciones de la conversación que tan bien practican ellos, hablen con imágenes o con porcentajes. Pienso en muchos libros: qué placer ver reconstruir el espíritu de un sistema político, de una constitución, de una empresa o de un movimiento de ideas, y saber lo que piensa la gente. ¡Qué bien está eso!. Se ve vivir a los individuos, las instituciones y las ideas de que ellos hablan. En la sala o el anfiteatro hormiguean de repente pequeños personajes salidos de los bolsillos y las mangas del conferenciante. Yo no digo que se trate de una sociología mundana o conservadora. Esta se encuentra en todos los campos y puede tomar tanto el tono de la epopeya como el de la novela de costumbres.

El tono cambia completamente cuando se entra en la sociología política, en sentido muy amplio. Ya no recorre nuestra mirada un paisaje suave, nos encontramos entre abruptas montañas. En determinado momento el camino queda cerrado; un momento después la mirada se extiende hasta un lejano horizonte. Detrás de las suavidades de la llanura aparecen realidades más contrastadas, que no pueden verse más que desde lejos y desde arriba.

Los personajes se alejan o empequeñecen y se perciben sobre todo grandes movimientos, ondulaciones del terreno, tormentas y climas. El intelectual ya no demuestra, sino que revela lo oculto; él está en el secreto. Su trabajo se ve enriquecido por su continuo intercambio con los mismos que deciden.

Al sociólogo de la política le sostiene la idea de la utilidad de su trabajo. No toma él mismo decisiones, pero sabe de qué se trata, qué es lo central o lo secundario y qué es lo que verdaderamente entra en juego en un combate que aparentemente resulta confuso.

Mientras que el primero de esos sociólogos se dirige a un público, el de las escuelas o el de las conferencias, el segundo se dirige a aquéllos a quienes estudia, y los demás le escuchan o le leen para utilizarlo como guía en el conocimiento de los sistemas de decisión y de poder. Uno y otro saben para qué y para quién trabajan. Conocen a su público. Pueden llegar a él y retenerle con habilidad mayor o menor, pero su situación está clara. Se sabe para qué sirven: los unos para representar, los otros para revelar.

¿Y yo?, ¿a quién se dirige mi trabajo y para qué sirve? Lo que a mi juicio es la verdadera sociología consiste en romper con el punto de vista de los actores, para considerar unas relaciones sociales. Así pues, a los actores los tomo a contrapelo. Todo ocurre como si yo quisiera impedir la comunicación con ellos, pues les privo de su lenguaje.

Inútil es detenerse en sus respuestas, muy cómodas pero falsas. ¿Habré de decir que me dirijo a los movimientos sociales, a las fuerzas de oposición o de cambio o a las mismas clases sociales? Pero cuanto más se acerca uno a esos personajes, construidos y reconocidos por el análisis sociológico, más se aleja de los actores reales, de carne y hueso, más se aleja de quienes escuchan y leen. Y, sobre todo, los movimientos sociales definen una ideología propia, y por lo tanto se resisten a la sociología.

No es por torpeza que la sociología se comunica con dificultad, que se la acusa de utilizar una jerga impenetrable y que hay quien se apresura a identificarla con el adversario. Todo actor social se resiste a la sociología, que descompone la imagen que él tiene de sus propios comportamientos y se sitúa en el punto de vista de las relaciones sociales y no de la consciencia de los actores.

¿Para quién, pues, escribir y hablar? ¿Para los desventurados y sus iras? ¿Para el movimiento social que se debate

entre el pasado y el futuro, el creyente que pierde la fe o que no tiene ya sacerdote, el militante sin organización, el político decepcionado, el inmigrante rechazado o el trabajador rebelado? No para cualquier desventurado. Para aquél que va guiado por la voluntad de gobernar los acontecimientos en que está inmerso y que dentro de ellos no tiene el poder. Si hay una gente que se dirige a todo el mundo y otra que se dirige a los dirigentes, ¿por qué otros, los que a mi modo de ver están más cerca de los mayores problemas, no habrían de hablar a los mutilados de la historicidad, a quienes no están protegidos por los valores y las normas, que no se agarran al timón, sino que están metidos en los conflictos, las tensiones y las mutaciones? Siento, es cierto, fatiga, a veces siento decepciones e incluso de cuando en cuando humillaciones, pero también me arrastran la ira, el desprecio y la esperanza. Hay que dejar, sin embargo, que suba del todo hasta uno mismo este interrogante y esta inquietud: ¿para quién y para qué tanto trabajo, esa mitad de mi vida que me he quitado para darla al trabajo, de modo realmente insensato, cuando no me ha sostenido la seguridad de construir ciencia, la sed del ascenso o la riqueza ni la certeza de ser oído? Yo no puedo echar al fuego los años que me quedan sin saber para quién hablo. La crisis de las universidades me ha hecho reconocer la oquedad de la respuesta del profesor: "para los estudiantes". En el fondo la mayor parte de éstos son de los menos interesados por lo que pueda decir la sociología, porque son superactores, rebosantes de ideología y de problemas personales. Entre aquéllos a quienes tengo que hablar hay estudiantes, claro está, pero no porque sean estudiantes. Es más bien porque han intentado o quieren intentar participar en un movimiento, sea el que sea.

¿Es, pues, contradictorio que te escriba a ti, estudiante, y además estudiante de sociología? No, porque a partir del

momento en que yo te escribo tú dejas de ser estudiante y yo dejo de ser profesor. Un profesor habla con los estudiantes de vez en cuando, les impresiona o les es indiferente, gusta o seduce, es despreciado o se ve rechazado, pero cuando habla cara a cara con alguno, largamente, él deja de ser profesor y el estudiante deja de ser estudiante. Entre nosotros no hay relación, salvo el correo que marca nuestro alejamiento. Yo no soy tu profesor, tu amante ni tu compañero. Podemos olvidar y olvidamos que uno y otro estamos dentro de la universidad. Que yo esté en un centro y tú en otro no es más importante que el hecho de que yo salga del metro en Sèvres-Babylone y tu en Nanterre.

Hoy no basta con ese paso adelante. Fabricar sociología no es un puro ejercicio intelectual. Es una actuación, una intervención que se dirige a una gente determinada. Si se concibe la sociedad como acción de uno sobre uno mismo, acción a la vez creadora y desgarrada, no se puede fabricar una sociología-espectáculo o un boletín confidencial para cuadros dirigentes. Es preciso que el análisis ayude a la sociedad a actuar lo menos lejos posible de su realidad, de sus relaciones sociales y de lo que en ellas entra en juego.

Lo logra tanto mejor cuanto menor es la distancia entre las situaciones y la representación que de ellas se forman los actores. Ahora bien, hoy, en el meollo de una gran mutación social, esa distancia es inmensa. Las informaciones sobre la vida social se acumulan pero parecen perder todo sentido. Se mide cada vez mejor y cada vez más rápido, pero se desconoce cada vez más lo que se mide.

Paralelamente, el pensamiento social no apunta ya al análisis de la sociedad y de sus cambios. Paralizado en Francia durante mucho tiempo por el dogmatismo, por fin se ha liberado, y ha sido para lanzarse de golpe a la utopía. Incapaz aún de encontrar el sentido de prácticas que son nuevas,

opone a los trastornos presentes la claridad más cegadora que clarificadora de principios, valores y esperanzas.

No podía ser de otro modo. Tenemos que recorrer de nuevo las etapas por las que pasó el pensamiento social al principio de la sociedad industrial: la consciencia de la crisis, a veces el rechazo de la novedad y más a menudo el esfuerzo por controlar el acontecimiento mediante la fe y por combatir una mal identificada dominación, más en nombre de un absoluto que de una clase. El ámbito en que tienen lugar los grandes progresos queda muy lejos de la sociología. Ya se ha transformado nuestra imagen de la naturaleza y del lugar que en ella ocupa nuestra cultura, y aparecen nuevos modelos de conocimiento. La práctica intelectual, cultural y social los renueva.

Tendido en la penumbra, el sociólogo sabe que se acerca el momento en que será escuchado. Poco importa que sea entonces tal o cual voz la que se haga oír mejor. Lo que cuenta es que desde hace tantos años no hemos trabajado más que con el fin de prepararnos para ese momento en que se hará imposible prescindir de una nueva representación de la sociedad y la acción social. Olvidemos ya el desprecio con que nos agobian aún los doctrinales y policías de todos los bandos. Esperemos únicamente vivir en sociedades lo bastante responsables de sí mismas como para no renunciar a conocerse.